

DEL PUEBLO Y DEL MUNDO

• **Bernardo Kordon: A PUNTO DE REVENTAR.** Losada. Buenos Aires, 1971, 168 pp.

INCLUYE este libro dos relatos de Kordon, escritos ambos en primera persona. Mientras en el primero quien habla es el autor mismo, en el segundo es un porteño de arrabal aspirante a boxeador, la revelación de cuya nacionalidad es una nueva demostración del poder aglutinante de Buenos Aires. Esa diferencia de enfoque no oculta lo que ambos cuentos tienen en común: el ansia de volver a un Buenos Aires soñado como si fuera de verdad, luego de una huida descada y angustiada a la vez.

Describe el primer cuento momentos salientes de un periplo apasionado: Chile, Brasil, París, son etapas discontinuas de una recorrida interior y exterior al mismo tiempo. Si se registran características locales (macumba brasileña, terremotos chilenos, las descomunales horracheras de los rotos) no es por empalagar nuestra avidez con exotismos llamativos, sino a fin de

asediar esencias sólo accesibles por las vías desprevenidas del instinto. Dentro de tal intención, París aparece entonces como un exilio transitorio. En París se busca la libertad, y se la encuentra, aunque no se tarde en descubrir su dolorosa vaciedad. Para el latinoamericano de hoy, ese mundo hipercivilizado es pura nata, alejado como tal de una madre naturaleza a la que seguimos perteneciendo pese a todo. La estructura musical adoptada, con andantes, alegros y aGgios, culmina casi siempre, a las buenas o a las malas, a modo de estrepitosa disonancia, con la frase "a punto de reventar". La ruptura de la línea del tiempo con los retornos transidos a la pubertad y al descubrimiento del mundo - Buenos Aires, nos procura por otra parte lo que parece querer ser otro hilo conductor.

"Kid Sandubay" es mucho más elaborado y coherente como ejercicio de estilo y de idiosincrasia. El lunfardo, el machismo, la vida de fiocas y de gratarolas (cashishios y pungulistas), con su mundo estricto de una moralidad tan respetable como la que más, están evocados con una verdad y un calor que no necesitan ninguna otra clase de cosmética. La frustración de las ilusiones de triunfo de ese "Sandubay" a que vino a parar Jacobo Berstein, no por inaceptada es menos patética, o tal vez lo es más por eso mismo. Aquí la vacuidad, por ser precisamente deliburada, resulta más lograda literariamente. Usa para ello algunos de los recursos de Manuel Puig (pastiche del lenguaje periodístico, así como de los lugares comunes de la conversación cotidiana que se fijan en tics psicológicos), hasta dar un relieve vigoroso a lo que en él es una obsesión: la vida porteña, los barrios, los tipos, sin mella de costumbrismo fácil. Pero más allá de esos hallazgos Kordon apunta con certeza convincente a la misma condición humana. Para el porteño ensienado, lo urgente es vivir, ejercer en la vida, pase lo que pase, exortizar como se pueda el reventón que se acerca. Ese "a punto de reventar" puede ser también un punto de partida, y Kordon lo asume con la sensibilidad exacerbada del porteño que necesita exaltar y superar su condición, volviendo a ser hombre de pueblo sin vuelta de hoja. Puede así escribir con casi infalible precisión, desde que ve las cosas malas desde fuera, sin salirse —eso nunca— del repertorio de lo que el pueblo hace un poco entre sueños. Al fin del primer cuento nos quedan dos imágenes en las que se concreta la ambigua ansiedad del autor: en primer lugar, la del preso conducido en el coche celular que, por un minúsculo agujero, trata ansiosamente de volver a ver la calle querida, con su gente

y con su luz, pero que sólo percibe un fulgor que no le sirve ni siquiera como insinuación; una necesidad implacable de seres reales vivos en su salsa, aunque sea en ese mundo que parece empedinado en borrar todos los rostros. En segundo lugar, al final del relato, el reencuentro consigo mismo en el espejo de un bar, sin que encuentre allí ninguna salida para esa búsqueda al borde de la destrucción de uno mismo y del mundo. El autor sólo encuentra en sí mismo —en el espejo— la dolorosa sorpresa de ser simplemente un viejo, sin claves a la vista. Es como si ya estuviera reventado sin haberse dado cuenta. Nueva demostración de que el pesimismo puede rendir mucho literariamente, aunque vitalmente no sirva para nada.

WASHINGTON LOCKHART